

Quando vayas con mujeres, no olvides el látigo¹

FRANCISCO CORDERO

De las viejas y las jóvenes²

“¿Por qué te deslizas furtivo en el crepúsculo, Zarathustra?
¿Qué ocultas con tanto cuidado bajo tu manto?

¿Es que te han regalado un tesoro? ¿Has tenido un niño? ¿O es que sigues ahora el sendero de los ladrones, tú, el amigo de los malvados?”

“¡Cierto amigo mío! - respondió Zarathustra -. Es un tesoro que me han regalado, una pequeña verdad.

Pero esta pequeña verdad es tan traviesa y rebelde como un niño pequeño, y si no se la tapa la boca chilla como loca.

Cuando hoy seguía solitario mi camino, a la hora en que el sol se pone, me encontré con una vieja que habló así a mi alma: “Zarathustra ha hablado muchas veces con las mujeres, pero nunca nos ha hablado de la mujer”.

Y yo le respondí: “De la mujer sólo se puede hablar a los hombres”

“Háblame a mí también de la mujer -me dijo. Soy lo bastante vieja para olvidar al momento lo que me digas.”

Y yo accedí al momento al ruego de la viejecita y le dije: “Todo en la mujer es un enigma con una solución única: se llama “embrazo”. El hombre es un simple medio para la mujer: el fin es siempre el hijo. Pero ¿qué es la mujer para el hombre?”

Dos cosas quiere el hombre auténtico: peligro y juego. Por ello quiere a la mujer: el más peligroso de los juegos.

El hombre debe ser educado para la guerra, y la mujer para el solaz del guerrero: todo lo demás es tontería.

Los frutos demasiado dulces no agradan al guerrero. Por ello elige a la mujer: la más dulce deja siempre algún amargor.

La mujer comprende al niño mejor que el hombre. Mas el hombre es más niño que la mujer. En el hombre auténtico se esconde siempre un niño. ¡Adelante mujeres! ¡Descubrid ese niño que hay en todo hombre!

Sea la mujer un juguete puro y delicado, semejante a las piedras preciosas, iluminado por las virtudes de un mundo que todavía no existe.

¡Resplandezca en vuestro amor el fulgor de una estrella! Diga vuestra voluntad: “¡ojalá diera yo a luz al superhombre!”

¡Sed valientes cuando améis! Con vuestro amor debéis lanzaros contra aquel que os infunde temor.

¹ Este trabajo es una reelaboración de otro previo, más extenso, cuyo contenido íntegro aparece en el CD-Rom del Congreso sobre la *Diferencia sexual* organizado por la asociación cultural Trama y Fondo. Lo esencial del análisis de este excelente capítulo se encuentra aquí, aunque en aquel trabajo se encuentra también la riqueza de los pormenores y matices que una obra tan rica y original como la de Nietzsche requieren. De cualquier forma es mi deseo el dar testimonio de lo mucho que se puede profundizar en un texto cuando se renuncia, de entrada, a entenderlo.

² En esta ocasión hemos manejado la edición de Juan Carlos GARCÍA BORRÓN; Editorial Bruguera, Barcelona, 1984.



¡Cifrad vuestro honor en vuestro amor! Mas la mujer entiende poco de honor. Que vuestro honor sea amar más de lo que os amen, y no ser nunca las segundas.

Que el hombre tema a la mujer cuando ésta ama; entonces ella es capaz de todo sacrificio, y cualquier otra cosa se le aparece desprovista de valor.

Tema el hombre a la mujer cuando esta odia; pues, en el fondo del alma, el hombre es sólo un malvado; pero la mujer es mala.

¿A quién odia más la mujer? El hierro habló así al imán: a ti es a quien más odio, porque atraes, pero no eres lo bastante fuerte para retener”.

La felicidad del hombre se llama: yo quiero; la de la mujer se llama: él quiere.

“Mira, ahora es cuando el mundo se ha vuelto perfecto”; así piensa la mujer, mientras obedece enamorada.

Y la mujer debe obedecer, y hallar algún fondo a su superficie. Superficie es el ánimo de la mujer; una flotante película de agua en un estanque.

Mas el ánimo del hombre es profundo, y su corriente ruga en cavernas subterráneas, la mujer presiente el vigor del hombre, pero no lo comprende.”

Entonces la viejecita interrumpió: “Zarathustra ha dedicado muchas gentilezas a las mujeres, en especial a las que son bastante jóvenes para ello.

Es extraño que, conociendo Zarathustra tan poco a las mujeres, hable de ellas con tanto juicio. ¿Será tal vez porque en la mujer nada hay imposible?”

Y ahora toma, como prueba de gratitud, una pequeña verdad: ¡soy ya lo bastante vieja para eso! Envuélvela bien y tápale la boca, de lo contrario, esa pequeña verdad chillaría mucho.”

“Dame tu pequeña verdad, mujer”, dije yo.

Y la vieja habló así: “¿Vas con mujeres? ¡no olvides el látigo!” Así habló Zarathustra.

El embarazo

Algo resulta sorprendente en este capítulo que lo hace único, dentro de este libro ya de por sí singular. A lo largo de todo él vemos al profeta Zarathustra envalentonado, lanzando sus golpes a la vieja moral, a la vieja metafísica y al viejo arte, sin compasión de ningún tipo. Y sin embargo, aquí, nos encontramos con un Zarathustra muy diferente: huido, intentando ocultarse de las preguntas pánicas de su discípulo; estamos ante un “amigo de los malvados” que, no obstante, *tiene miedo*. Imposible en el personaje que nos ocupa.

¿Por qué Zarathustra que predica la muerte de Dios y que no le teme a nada ni a nadie se encuentra en este estado de temblor, por primera y única vez en toda la obra? La respuesta a este sentimiento, excepcional en nuestro profeta, hay que encontrarla en el hecho de que *una mujer se ha interpuesto en su camino*. El solitario espíritu que va en busca de la verdad, que sigue un trayecto que él mismo se ha trazado y del que nadie lo

apartará, se encuentra, de repente, con un *obstáculo*.

La vieja, una mujer, denuncia algo no pensado aún por el sabio profeta, señala un vacío en su discurso: **mucho ha hablado Zarathustra entre mujeres, pero nunca habló de la mujer**. De la mujer todavía no dijo nada el que tenía una palabra para todo. La vieja es la primera persona que, por así decirlo, coge en un renuncio al profeta, y con ruegos maternales logra que se diga lo nunca antes dicho, que por fin hable de la mujer el sabio que predica la buena nueva, una suprema verdad (“¡Dios ha muerto, viva el Superhombre!”). Si la meta del camino es tan alta pero todavía no se ha dicho nada de la mujer el discurso tendrá fracturas. A Nietzsche se debe este reconocimiento, él fue el primer filósofo que pensó lo femenino dentro su sistema conceptual, y como parte esencial del mismo.

Esto no es por casualidad, pero antes de reflexionar sobre la importancia que juega la feminidad en su pensamiento, veamos cómo sus metáforas desbrozan la diferencia sexual. Zarathustra comienza a hablar de esta cuestión envalentonado y de forma indirecta, pues, aunque él diga que sólo entre hombres pueda hablarse de la mujer, las preguntas insistentes de su discípulo, que se referían tácitamente a la mujer misma (pues se preguntaba al profeta si había tenido un hijo), y la sorpresa de éste al ver a su maestro en estado de temblor, revela que no se había dicho nada al respecto, ni entre mujeres ni entre hombres.

No obstante la potencia de la literatura nietzscheana aparece: “**Todo en la mujer es un enigma con una solución única: se llama embarazo**”. Muchos hombres habían hablado del enigma de la naturaleza de la mujer, no obstante, aquí se dice que este enigma tiene una solución: el embarazo. La solución se encuentra externa a la mujer, ¿dónde?, en el hombre que es capaz de embarazarla, sin duda.

La solución es tan sencilla como profundas son las consecuencias que se deducen de ella. Se habla de un Nietzsche misógino, y ciertamente no faltan en su prosa calificativos despectivos para el sexo contrario. Pero nos las habríamos aquí con un misógino muy particular, pues el núcleo duro del desprecio por la mujer vendría de situarla precisamente en el enigma, en una oscuridad imposible de aclarar, ante la que sólo cabría, o bien la veneración de su naturaleza misteriosa, o bien, y en función de ese misterio, el desprecio ante aquello con lo que resulta imposible entenderse. Pero aquí, y en contra de todo este núcleo duro de la misoginia, se ofrece una solución.



Responder que es el embarazo lo que resuelve el enigma de la mujer supone contar con el hombre que es capaz de poseerla y dejarla embarazada. Luego entonces tenemos de momento una conclusión: *Porque es poseída por el hombre, la mujer es* (o deja de ser una enigma).



Poseerla y embarazarla, en principio esta solución podría quedarse aquí y no ir más allá de lo puramente físico, del hecho de copular y procrear. En función de ella entonces, sin ir más lejos, podemos extraer otra conclusión para el hombre: *Porque posee a la mujer, el hombre es* (o es solución para la mujer). El esclarecimiento del enigma de la mujer en el hijo, es, pues, la síntesis, lo que inscribe a los sexos en su identidad y diferencia. Pero esto no se queda tan sólo en una solución fáctica, en el hecho físico de copular y procrear. Nietzsche nos ofrece un complemento fundamental a esta cuestión sobre el hijo en un capítulo muy cercano a este, titulado precisamente "DEL HIJO Y DEL MATRIMONIO".

Dice Nietzsche:

Eres joven, y deseas para ti una mujer e hijos. Mas yo te pregunto: ¿Eres un hombre al que le sea lícito tener un hijo? ¿eres el victorioso, el domador de ti mismo, el dueño de tus sentidos, el señor de tus virtudes? ¡tal es mi pregunta!³

3 op. cit, p. 109.

El embarazo, que situaba a la mujer fuera del enigma por el acto del hombre, no es sólo tarea de un *vir* sino de un *pater*, no se necesita solamente a un hombre dotado de sus atributos masculinos, sino a un hombre capaz de asumir responsabilidades morales para con la mujer a la que desea y va a embarazar. Se necesita a un *hombre moral*, a un padre.

Se equivoca quien pretende utilizar a Nietzsche para desalojar obstáculos morales en favor de una liberación de las relaciones sexuales.

Pero ¿qué es la mujer para el hombre?

Y aparece esta sorprendente pregunta cuando ya se nos resolvió el enigma de la mujer por medio del embarazo. Esto prueba que, en realidad, lo que se pretendía antes era responder a la cuestión inversa, a saber, **¿qué es un hombre para una mujer?**



Presentar a la mujer como un enigma supone realmente presentarla como una cuestión para el hombre, es de hecho interrogar al hombre para que éste aporte una solución (en el hijo); de ahí el estado de temblor de Zarathustra al comienzo: nunca había sido interrogado tan profundamente, como hombre.

Pero comprobamos que ante semejante pregunta el profeta “saca pecho”, nos habla ni más ni menos que del “hombre auténtico”: la pregunta por la mujer ha convocado al Superhombre. Y el Superhombre es aquel que acepta el riesgo y el juego, aquel que está más allá del “santo horror” que siente el burgués por el cambio. De esta manera la mujer y el hombre auténtico, o la autenticidad en el hombre, no se pueden separar. La una es la condición del otro, luego entonces la mujer será para el hombre aquello que más fuertemente le interroga, lo que más intensamente aparece para él como un problema. Habría que concluir, por lo tanto, que el hombre auténtico afrontará el riesgo de verse a sí mismo en cuestión por la mujer, y, la mujer, sería para el hombre, aquella persona que lo interpela en su autenticidad más genuina, en última instancia lo interpelaría en su posibilidad de ser padre, tal es la contundencia de su pregunta.



4 NIETZSCHE, Friedrich: *Ecce Homo*, Alianza, Madrid, 1982.

Nietzsche, dándose cuenta de que no paraba de hablar sobre las mujeres, se preguntó en su autobiografía⁴ si por casualidad no iba a ser él el primer psicólogo del “eterno femenino”, y sin duda lo fue. Pero, ¿qué es una mujer para el filósofo Nietzsche? Sus propias metáforas nos ofrecen la respuesta: el dios Dionisio, que será enfrentado a Jesucristo, como dios de la naturaleza y amigo de las mujeres, y el Eterno retorno nietzscheano, el tiempo circular que vuelve a lo mismo en contra del tiempo lineal irreversible de Dios padre. Nietzsche quiere imaginarse un mundo distinto de aquel en el que reina la moral cristiana, y el pensar a la mujer le da una pista: ese mundo, que aún no existe, no podría ser más que femenino.

El látigo

La anciana mujer interrumpió al profeta en el comienzo y lo vuelve a interrumpir, callándolo, en el final para recomendarle que no olvide el látigo cuando vaya con mujeres. Látigo y fiera están asociados, como también están asociados aquí la mujer y la fiera, incluso el látigo y el domador con la figura masculina. Mujer y fiera, hombre y látigo, tal es el paralelismo. ¿Por qué esta abrupta verdad destinada al quebranto? Porque Zarathustra desea a las mujeres como hombre (como advierte la anciana al decirle que dedicó halagos a las que eran jóvenes), y para realizar su deseo la mujer experta le regala una verdad tan radical como radical es la realidad a la que debe de hacer frente con ella: la demanda afectiva de la mujer, de la que, Zarathustra, como hombre, aún no sabe nada. ¿Maltratar a la fiera femenina hasta amansarla? Reparemos, al hilo de esta metáfora, en el hecho de que el domador (el que maneja el látigo)



⁵ Queda, no obstante, una objeción que hacer. Nietzsche es perfectamente consciente de que el Cristianismo aportó los modelos culturales para que las relaciones sexuales fueran posibles, y, así, dice en su Anticristo:

“Para que sea posible el amor, Dios ha de ser personal; para que se dé rienda suelta incluso a los instintos más bajos, Dios ha de ser joven. Para satisfacer el ardor femenino, hay que presentar, en primer término, un santo hermoso; para el masculino una hermosa doncella: la Virgen María.”

Está claro: para que el amor pase a ser el sentimiento humano más sublime, y no uno de tantos sentimientos hermosos (como en la antigüedad pagana), Dios mismo es Amor. Pero no sólo el amor, siguiendo el olfato ilimitado de Nietzsche, también el goce más absoluto es posible gracias a que se presentan modelos de suprema castidad y espiritualidad (la santidad y la virginidad de María) para que pueda realizarse en la práctica. Luego, siendo congruentes con el ideal que Nietzsche imaginó para el hombre auténtico, habría que concluir que, el Superhombre, que desprecia tanto la santidad en el hombre como la virtud virginal en la mujer, no podría, a una mujer, ni darle amor, ni propiciarle goce.

no fustiga a la fiera, no la pega, en todo caso se sirve del látigo para poder permanecer en el lugar de la fiera, lo más cerca posible de ella y, así, poder lograr lo imposible: realizar, con la fiera, un acto humano como el espectáculo circense. Esa “pequeña verdad” de la anciana encierra el contenido más profundo, desvela la violencia, la amenaza de disolución humana que se encuentra instalada en el interior de los cuerpos, y que es preciso “domar”, canalizarla humanamente, para que las relaciones sexuales puedan ser efectivamente posibles⁵.